

Históricas Digital

“Las tropas, sus armas y el desempeño durante la acción”

p. 25-44

María del Carmen Vázquez Mantecón

Puente de Calderón: las versiones de un célebre combate

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2010

120 p.

Ilustraciones y mapas

ISBN 978-607-02-1332-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/521/puente_calderon.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LAS TROPAS, SUS ARMAS Y EL DESEMPEÑO DURANTE LA ACCIÓN

No hay acuerdo entre los que escribieron la historia de esa batalla, a propósito del número de hombres que formaron al ejército insurgente. La mayor parte de los autores – fueran conservadores, puros, o moderados – anotaron que eran cien mil – Mariano Otero, Lucas Alamán,¹ Manuel Orozco y Berra,² Anastasio Zerecero³ y Francisco de Paula Arrangoiz –⁴ porque ésta fue la cifra que asentó Calleja en su primer informe al virrey la misma tarde del 17 de enero y en su proclama al ejército siete días después. El mismo brigadier varió este número al mencionar en su *detall*, fechado el 3 de febrero, que habían participado “más de cien mil” insurgentes, y después la redujo a noventa y tres mil cuando en España, hacia 1816, hizo un recuento de sus campañas en la guerra. Esta última cantidad fue la que eligieron Mariano Torrente,⁵ José María Luis Mora⁶ y Julio Zárate.⁷ Tenemos también el ejemplo de Servando Teresa de Mier⁸ y Carlos María de Bustamante, quienes, aunque sí se refirieron a la ventaja numérica de los independentistas, prefirieron no dar un número preciso. Es importante recuperar el dato que proporciona

¹ Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, México, Imprenta de Lara, 1850, edición facsimilar, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. II, p. 121-135.

² *México en el Diccionario universal de historia y geografía*, coordinación general Antonia Pi-Suñer, v. III, “La contribución de Orozco y Berra” (escritos entre 1853 y 1856), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, p. 245-246.

³ Anastasio Zerecero, *Memorias para la historia de las revoluciones en México*, México, Imprenta del Gobierno en Palacio, 1869, p. 245.

⁴ Francisco de Paula y Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867*, México, Porrúa, 1974, p. 67 (1a. edición: 1871).

⁵ Mariano Torrente, *Historia general de la revolución hispanoamericana*, Madrid, Imprenta de D. León Amaritá, 1829, t. I, p. 164. (Los dos tomos restantes se publicaron en la Imprenta de Moreno en 1830.)

⁶ José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, edición facsimilar de la de 1836, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1986, t. 3, p. 131.

⁷ Julio Zárate, “La guerra de Independencia”, en *México a través de los siglos*, México, Cumbre, 1958 (1a. edición: 1880), p. 195.

⁸ Servando Teresa de Mier, *Historia de la revolución de Nueva España*, edición facsimilar de la de 1823, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 361-362. La primera edición es de 1813.

Mora —a quien citó Otero— subrayando que, propiamente en acción, no había más de ocho mil insurgentes.⁹

Emilio del Castillo Negrete¹⁰ creía por su parte que Calleja ponderaba con exageración el número de enemigos, porque esto realzaba más su triunfo y que las fuerzas que resistieron con iguales armas a los realistas contaban con el mismo número que ellos o un poco menos. Luis Pérez Verdía¹¹ expresó que el total no pasaría de treinta mil infantes más cinco o seis mil jinetes, argumentando que era imposible que la ciudad de Guadalajara pudiera alimentar y dar alojamiento a cien mil hombres. Los que hicieron crecer los números fueron por un lado Heriberto Frías,¹² quien sumó ciento siete mil combatientes —y también abultó el total de soldados españoles y de cañones insurgentes— en un relato más emparentado con la literatura que con la historia, y José María Liceaga,¹³ quien fue el más exagerado al decir que se calculaba “veinte veces mayor que la fuerza toda de las tropas contrarias”, lo que sumaría más o menos ciento veinte mil. En la crónica temprana del religioso y autor de sermones famosos Juan Bautista Díaz Calvillo —el virrey autorizó su publicación en 1812—¹⁴ se aumentó a ciento tres mil el número de insurrectos y se redujo la cifra de realistas a cuatro mil quinientos, con el objetivo de subrayar la valentía del ejército real frente al poder, fuerzas y ventajas de Hidalgo, quien, según el autor, no se vio favorecido en esa contienda por la protección divina debido a lo equivocada que era su causa.



⁹ José María Luis Mora no ofrece ninguna explicación al proporcionar este dato. Véase *México y sus revoluciones*, op. cit., t. III, p. 136.

¹⁰ Emilio del Castillo Negrete, *México en el siglo XIX, o sea, su historia desde 1800 hasta la época presente*, México, Santiago Sierra Tipógrafo, 1877, t. II, p. 4.

¹¹ Luis Pérez Verdía, *Historia particular del estado de Jalisco, desde los primeros tiempos que hay noticia hasta nuestros días*, primera edición 1911, 2a. edición del autor, Guadalajara, 1951, t. II, p. 82.

¹² Heriberto Frías, *Episodios militares mexicanos*, México, Porrúa, 1987 (1a. edición: 1900), p. 58-59.

¹³ José María Liceaga, *Adiciones y rectificaciones a la historia de Méjico por don Lucas Alamán*, México, Layac, 1944 (1a. edición: 1868), v. 1, p. 183.

¹⁴ Juan Bautista Díaz Calvillo, “Noticias para la historia de Nuestra Señora de los Remedios, desde el año de 1808 hasta el corriente de 1812”, en *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México*, recopilada por Juan Hernández y Dávalos, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985 (primera edición: 1879), t. II, p. 616.

Calleja tampoco se decide en sus distintos partes sobre las horas totales de acción. Indica primero que fueron seis –eso fue lo que al parecer duró la batalla– y luego que nueve, según su último informe. Lo mismo pasa con la cifra total de cañones que tenían alineados los insurgentes: contó ochenta en el primer parte, después noventa y tres, luego en su pomposo *detall* escribió que sólo los que lograron tomar a los insurgentes eran noventa y cinco, de los “ciento treinta” que habían completado.¹⁵ Sin embargo, en su último informe, escrito en España casi cinco años después del acontecimiento, recordó sólo cien piezas de todos calibres. Estos datos se reflejan así de cambiantes en las diferentes versiones historiográficas –aunque ciertamente no tan crecidos como los quiso ver Calleja frente al virrey Venegas– que van de sesenta y siete cañones anotados por Díaz Calvillo, una batería de sesenta y siete y otras baterías menores según Alamán,¹⁶ más de ochenta que apuntó Castillo Negrete, noventa y dos según Bustamante, noventa y cuatro en la historia de Pérez Verdía, noventa y cinco en los escritos de Orozco y Berra y de Arrangoiz, hasta ciento tres en el de Mora y el de Otero. Con respecto al número de individuos comandados por Félix Calleja no hay grandes discrepancias. Casi todas las fuentes historiográficas que llegan a mencionar ese dato –Bustamante, Mora, Otero, Alamán, Orozco y Berra y Castillo Negrete– coinciden en repetir los números del brigadier, quien asentó que su ejército contaba de seis a siete mil hombres –Alamán fue el único que dijo que eran de cinco a seis mil–. Es importante recordar que, para ese momento, ambos ejércitos estaban constituidos por militares profesionales y por gente trabajadora del campo.



En cuanto a las armas de los insurgentes, además de las que he descrito y que eran propiamente sus instrumentos de trabajo, hay que agregar una buena cantidad de fusiles, arcos, flechas, lanzas, granadas, espa-

¹⁵ Félix Calleja, “*Detall* de la acción gloriosa de las tropas del rey en el Puente de Calderón con los extractos [sic] y relaciones generales deducidos de los partes que remitieron los jefes de infantería, caballería y artillería al señor general en jefe brigadier don Félix Calleja”, en *Colección de documentos para la historia de la guerra de Independencia de México*, recopilada por Juan Hernández y Dávalos, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, t. II, p. 360.

¹⁶ En un pie de página cita el documento del jefe de artillería Ramón Díaz de Ortega que informa que tomaron a los enemigos noventa y cinco piezas.

das, piedras, balas, “saquillos” de pólvora, granaditas de bronce, lanzafuegos, piedras de chispa, cajas de pólvora, “saquillos” de metralla cortada y algunos carros de municiones. Según Orozco y Berra, con objeto de suplir su armamento defectuoso — espadas pesadas y débiles, lanzas con asta de encino muy corta o muy larga, lazos — habían construido en Guadalajara grandes cohetes con puntas de fierro para dispararlos contra la caballería y granadas de mano para arrojarlas a distancia con sus hondas.¹⁷ Su fuerte estaba en la artillería de distintos calibres que, aunque era abundante — y en esto hay acuerdo entre los historiadores decimonónicos —, la mitad de sus piezas no estaba en las mejores condiciones para desempeñarse en los ataques, fuera por la falta de cureñas o por ser éstas muy pesadas, por lo defectuoso de su fundición, o finalmente, por el corto alcance de sus tiros. No está de más recordar la opinión de Servando Teresa de Mier, quien expresó a propósito que “el número excesivo de cañones más embaraza que aprovecha”, sobre todo, agregó, “si son mal servidos”.

Es interesante revisar el informe realista a propósito de las “noventa y cinco” piezas de artillería que habrían tomado a los insurgentes al fin de la batalla. Según reportaron, lograron recuperar cuarenta y cuatro que provenían de las “fundiciones del rey” y que habían sido traídas desde San Blas. Se trata de quince cañones de bronce y nueve de hierro, ocho culebrinas de bronce (cañones largos de pequeño calibre) y diez pedreros también de bronce (boca de fuego de aproximadamente cincuenta centímetros de largo), más dos de ellos sólo “recamarados” de ese mismo metal.¹⁸ Calleja, por cierto, se refirió a estas piezas como “[las] mejores que hay en América”.¹⁹ Sobre el resto — cuarenta y tres cañones de bronce de varios calibres que habían sido fundidos por los insurgentes siguiendo el método de fabricación de campanas — dijeron haberlos desmuñado y enterrado, así como la mayor parte del “balerío de cañón” porque les resultaba “inservible”. En realidad, sumaban ochenta y siete piezas, ya que ocho que habían agregado a su cuenta final,

¹⁷ En el tratado de artillería de Tomás de Morla, publicado durante los últimos decenios del siglo XVIII (véase nota 21), se da cuenta de cohetes utilizados para iluminar el campo enemigo o para asustar a la caballería.

¹⁸ Ramón Díaz de Ortega, “Estado que manifiesta el número y calibre de las piezas de artillería y municiones tomadas a los insurgentes el 17 de enero”, en *Colección de documentos para la historia de la guerra...*, op. cit., t. II, p. 368.

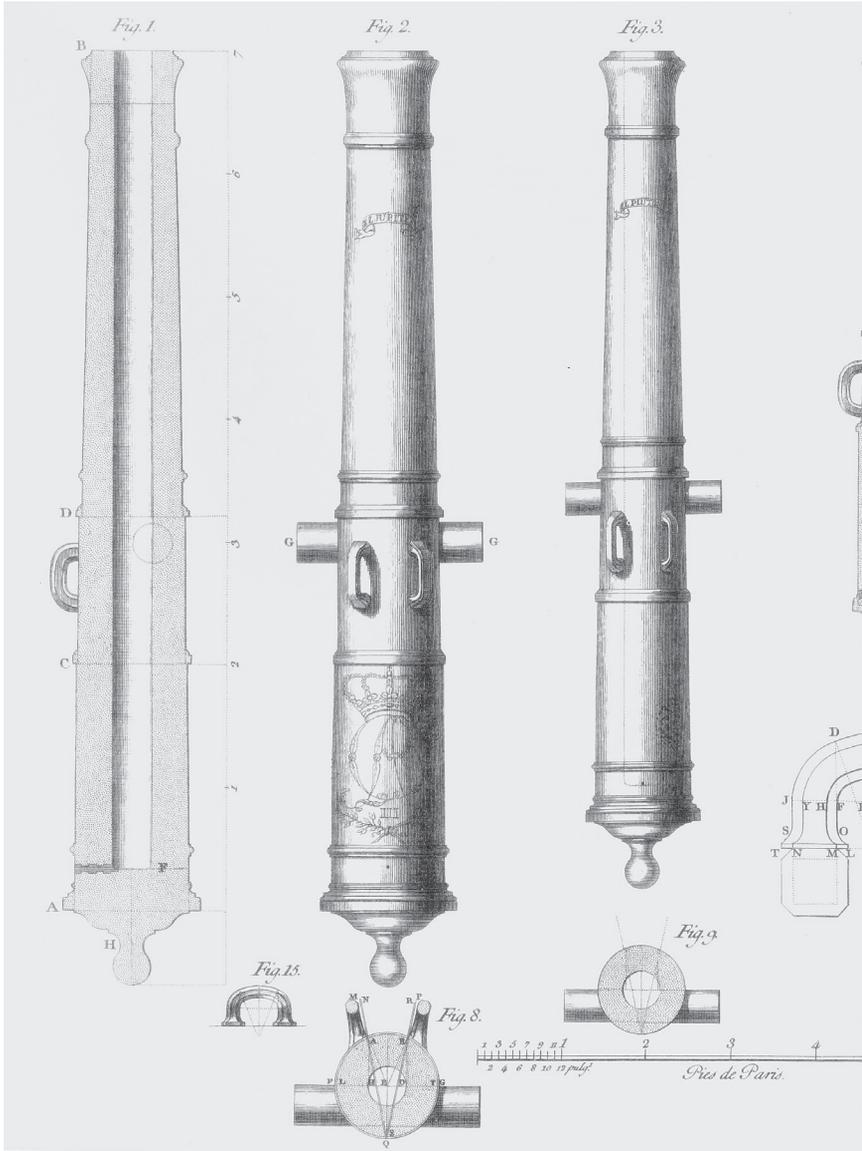
¹⁹ Parte de Calleja a Venegas, 17 de enero de 1811. Lo escribió horas después de la batalla. *Ibid.*, p. 339.

no pudieron recogerlas por haber sido desbarrancadas durante la acción por sus enemigos.²⁰



4. Tomás de Morla, *Láminas pertenecientes al tratado de artillería, que se enseña en el real colegio militar de Segovia*, edición facsimilar de la de 1784-1786, Segovia, Patronato del Alcázar, 1993, lámina 1 del artículo IX, grabado de Fernando Sesma: representa una espoleta, cartuchos de bala rasa, de metralla de racimo, de balas de hierro batido y de balas de fusil: una pollada y tenaza para bala roxa

²⁰ Ramón Díaz de Ortega, *op. cit.*



5. Tomás de Morla, *Láminas pertenecientes al tratado de artillería, que se enseña en el real colegio militar de Segovia*, edición facsimilar de la de 1784-1786, Segovia, Patronato del Alcázar, 1993, lámina 17 del artículo II (fragmento), grabado de Joaquín Ballester: representa los cañones de los cinco calibres regulares del nuevo método que actualmente están en uso

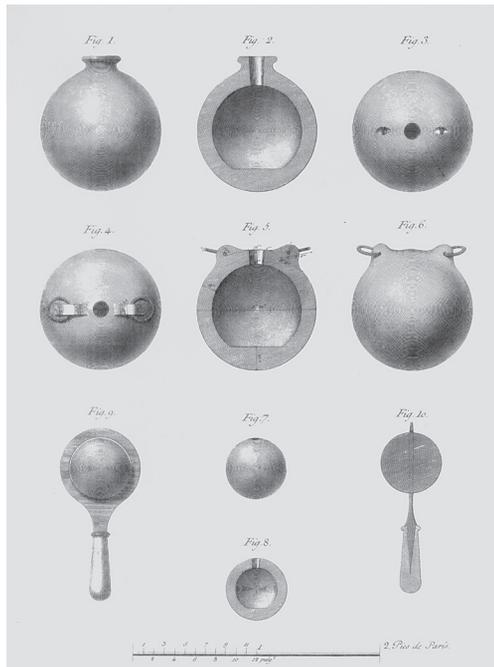
Un hecho comprobado en los distintos tratados de artillería de fines del siglo XVIII –que insisten en la proporción entre el calibre, la longitud y la carga para determinar los alcances certeros a más de doscientos cincuenta metros– es que los cañones con un calibre de mayor capacidad son los que mejor se desempeñan en una batalla de tales características.²¹ Sin embargo, en realidad, los insurgentes sólo contaron con dieciséis de este tipo –catorce cañones de bronce con calibre de a 12, uno con calibre de a 16 y otro más con calibre de a 24–. El resto de su artillería eran armas “portátiles”, cuyos diámetros interiores y por lo tanto el de sus proyectiles –que iban entre la medida de $\frac{3}{4}$ a la de 8– no habrían podido ser desplegados tal como Calleja trata de convencernos en su *detall*. Sin demeritar los daños ocasionados por las culebrinas y los pedreros, sobre todo los que tenían denominaciones de 4, 6 y 8, el peligro que significarían noventa y cinco cañones insurgentes sin especificar sus condiciones fue otro de los argumentos del brigadier que sirvió, sin duda, para engrandecer su victoria. Además, habría que recordar que, de esas dieciséis piezas de mayor impacto, trece de ellas habían sido fundidas por los rebeldes en sus improvisados talleres, cañones que los mismos artilleros del ejército real no dudaron en calificar como “inservibles”.



Afirmación generalizada por parte de los historiadores decimonónicos, fue la de insistir en la mala calidad del armamento de los insurgentes, de cara a la óptima factura de las armas de sus contrarios, aunque su número fuese mucho menor y aunque ninguno se interesara por describirlas con exactitud. Mencionaron solamente su gran repuesto de municiones, sus bayonetas –de las que por cierto, Calleja y Alamán asentaron que quedaron “empapadas de

²¹ Tomás de Morla, *Tratado de artillería para el uso de la Academia de caballeros cadetes del real cuerpo de artillería dividido en quatro tomos, que tratan de las principales funciones de los oficiales de este cuerpo en paz y en guerra, escrito por [...] teniente coronel de los reales ejércitos y capitán del mismo cuerpo*, Segovia, 1785, v. 2, p. 453. Véase asimismo Antonio de Clariana, *Resumen náutico de lo que se practica en el teatro naval, o representación sucinta del arte de marina*, Barcelona, Imprenta de Iván Piferrer, 1731, donde a pesar de que se refiere a la artillería de marina, en el tratado II explica los calibres, el peso, la proporción de los cañones de bronce y de hierro, los ajustes, las cureñas, el peso de las balas, la pólvora y todo lo que se necesita para las operaciones.

sangre insurgente” – y los diez cañones con los que estaba dotada su artillería, sin indicar nunca cuáles eran sus calibres. La historiografía de nuestro tiempo ha sido más explícita al respecto y pone en duda que las armas del rey hayan sido mejores,²² pero señalo esto para resaltar cómo durante el siglo XIX se construyó un relato de la batalla que fue repitiendo la tesis – sin importar si estaban a favor o en contra de la insurgencia – de que los rebeldes perdieron, entre otras cosas, por los defectos de sus armas.



6. Tomás de Morla, *Láminas pertenecientes al tratado de artillería, que se enseña en el real colegio militar de Segovia*, edición facsimilar de la de 1784-1786, Segovia, Patronato del Alcázar, 1993, lámina 9 del artículo III, grabado de Juan Moreno: representa las balas y granadas, bombas con boquilla, con argollas y pasabalas

²² Juan Ortiz, en *Guerra y gobierno. Los pueblos y la Independencia de México*, Sevilla, El Colegio de México/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Universidad de Sevilla/Universidad Internacional de Andalucía, 1997, p. 66-68, escribe que el ejército de Calleja tuvo que construir sus armas porque las que tenía eran de mala calidad y sólo cubría las de los regimientos que resguardaban la ciudad. Agrega que, ante la falta de artesanos, sólo pudo ordenar la construcción de lanzas, machetes y sables y logró con mucho esfuerzo armar cinco cañones en San Luis y cinco en Real de Catorce.

El brigadier insistió también en que sus enemigos contaban para el ataque con veinte mil caballos “diestramente manejados por hombres de campo acostumbrados al uso de la lanza”.²³ Servando Teresa de Mier, quien estaba en Europa cuando sucedió la batalla, publicó allá tan sólo dos años después de ella, que se decía que su caballería era de “treinta mil”, montada por “vaqueros y corredores, más no de soldados”, y agregó que cualquier militar sabía que, si no era veterana, aun “la arreglada” servía de muy poco tal como lo exigían todas las armas de choque. Un oficial realista apellidado Marín sólo observó que los ochocientos de caballería comandados por el “pícaro Marroquín” se distinguían porque eran los únicos en “toda la chusma” cuyos cabezales de las sillas de montar eran de mecates.²⁴ José María Luis Mora y basándose en él Mariano Otero y Manuel Orozco y Berra sólo mencionaron que “en la reserva, que se componía de una multitud incontable de gente sin disciplina, se encontraban más de quince mil”, y en general, fueron pocos los autores que hicieron referencia al número de cuacos y a su presencia en la batalla. Manuel Orozco y Berra, por ejemplo, escribió también que unos veinte mil hombres entre los insurgentes eran jinetes y describió a los animales como caballos pequeños y fogosos del país, “aunque flacos, inobedientes a la rienda, medrosos y espantadizos”.

Julio Zárate dijo asimismo que veinte mil hombres eran de caballería, mientras Luis Pérez Verdía puso en duda esa cifra apuntando que serían cinco o seis mil jinetes. Tampoco sabemos cuál fue el número total de caballos montados por los realistas, ya que Calleja sólo menciona dos mil, que servirían a Manuel de Flon, conde de la Cadena, para amenazar a uno de los flancos de los insurrectos y no da el número de la demás caballería de la que se sirvieron Emparan y otros jefes. El mismo brigadier informó – quizá conocedor de la importancia de esos cuadrúpedos en una acción militar – haber dispuesto que “dos mil quinientas mulas, que formaban mi bagaje con algunos lanceros, aparentasen formación cubiertas por un ba-

²³ Archivo General Militar de Segovia, Expediente de servicios militares de Félix María Calleja, publicado por Ignacio Rubio Mañé, “Las campañas de Calleja en la guerra de Independencia”, *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, 1948, t. XIX, p. 483. Aunque Calleja no fecha este informe, Rubio Mañé sugiere que fue escrito un poco después de 1816 cuando ya había regresado a España con la necesidad de ponderar sus servicios para cobrar ascensos en la corte.

²⁴ “Noticia que Guadalupe Marín da del estado en que se encuentra Guadalajara” (sin fecha), en *Colección de documentos para la historia de la guerra...*, op. cit., p. 330-331. Aquí dice “Barroquín” por Marroquín.

tallón de granaderos, cuatro escuadrones y algunas guerrillas, situándose a la cola del puente”.²⁵ José María Luis Mora – y por ende, Mariano Otero y Manuel Orozco y Berra – supuso que la caballería realista contaba con un poco más de tres mil caballos – de los que sólo reportaron muertos en el campo de batalla ciento cuatro.²⁶



Muy pocas menciones encontramos con respecto a la indumentaria de las tropas. Orozco y Berra fue uno de los que habló de ella, pero no se refirió al vestuario de los que formaban los distintos batallones insurgentes ni al de sus jefes, ni mucho menos al de las tropas realistas, quizá porque los soldados, en general, seguían los patrones de la moda militar de ese tiempo, según vemos en distintos reglamentos y en la poca iconografía sobre el tema. Sólo señaló este autor que las turbas que acudieron al llamado de Hidalgo – que entonaban como canto guerrero el melancólico *Alabado* – no usaban uniforme y que vestían con “calzonera de cuero corta hasta la rodilla” (dejando descubierta la pierna), que andaban en mangas de camisa y sin zapatos y portaban sombrero de palma y manga de jerga o zarape de lana burda. Lucas Alamán, por su parte, mencionó la vestimenta de Hidalgo, además de describirlo físicamente. Dijo que era de estatura mediana, con las espaldas cargadas, de color moreno y ojos verdes vivos, la cabeza algo caída sobre el pecho, bastante cano y calvo por su edad, pero al fin vigoroso y de pocas palabras. Con respecto al traje, le parecía que era poco aliñado, usando “el que acostumbraban entonces los curas de los pueblos pequeños: capote de paño negro, con un sombrero redondo y bastón grande y un vestido de calzón corto, chupa y chaqueta de un género de lana que venía de China y se llamaba *rompecoche*”.²⁷

Pérez Verdía copió la descripción que hizo Orozco y Berra y agregó que los indios flecheros de Colotlán iban vestidos y armados como “en tiempos de Tenamaxtl”.²⁸ Hizo una breve referencia al “traje negro de levita” que portaba Hidalgo – que se antoja más

²⁵ *Idem.*

²⁶ José María Luis Mora, *op. cit.*, p. 132, y Manuel de la Sota Riva, *Estracto que forma el mayor general de infantería de las relaciones dadas por los cuerpos de su cargo acerca de los muertos, heridos y acciones particulares que cada uno tuvo en la función de Puente de Calderón el día 17 de enero de 1811*, en *Colección de documentos para la historia de la guerra...*, *op. cit.*, p. 364.

²⁷ Lucas Alamán, *op. cit.*, t. I, p. 354.

²⁸ Luis Pérez Verdía, *op. cit.*, p. 91.

para andar por las ciudades que para la guerra — y citó a Mier, quien describió el de capitán general de Allende “con chaqueta de paño azul, collarín, vuelta y solapa encarnada y con galón de plata en cada hombro, que dado vuelta en círculo se juntaba debajo del brazo con una gran borla colgando hasta medio muslo”,²⁹ muy similar al de los tenientes generales y al de los mariscales, aunque éstos contaban con un solo galón. Por otro lado, tampoco aparece en las crónicas decimonónicas alusión a la necesidad de ambos ejércitos de abastecer a los soldados y oficiales con uniformes, mochilas, fundas y, entre otras cosas, con tiendas de campaña que, de seguro, ocupó su tiempo previo al encuentro.³⁰

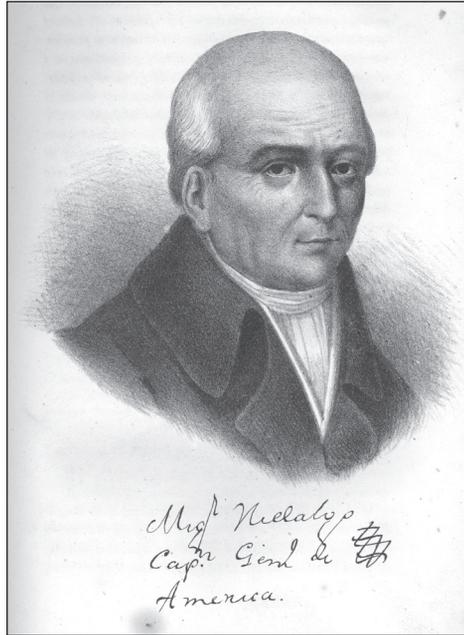


Es común leer en algunas descripciones de la batalla — Bustamante, Mora, Otero, Alamán, Orozco y Berra, Zárate, Pérez Verdía y Frías — la certeza, al parecer incuestionable, de que el desorden y la indisciplina fueron la característica que mejores definió la conducta de las tropas insurrectas, y de que fue, al fin, un factor más que se sumaba a la explicación de la derrota. Por ende, sostuvieron en contraparte, explícita o tácitamente, que la obediencia a sus jefes y el conocimiento de las reglas militares distinguió al ejército de Calleja. Según Mora, el orden y la disciplina eran siempre mejores que el número y estaba seguro de que la experiencia de Calderón se los demostró, aprendiendo de ella a organizarse en lo sucesivo. Fue el mismo Mora quien escribió, antes de señalar lo anterior, que Ignacio Allende, Mariano Abasolo y Juan Aldama, preocupados por poner algún orden en las fuerzas que se reunieron en Guadalajara, tuvieron un mes escaso para armar algunos cuerpos logrando disciplinar medianamente siete batallones de infantería, seis escuadrones de caballería y dos compañías de artillería, “que en todo formaban tres mil cuatrocientos hombres, fuerza muy inferior a la que podría presentar Calleja en número y disciplina”.³¹

²⁹ *Ibid.*, p. 80.

³⁰ Juan Ortiz encontró documentos de Calleja donde se ve su preocupación por la fabricación de todos esos implementos una vez que formó su ejército. Véase Juan Ortiz, *Guerra y gobierno. Los pueblos y la Independencia de México*, Sevilla, El Colegio de México/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Universidad de Sevilla/Universidad Internacional de Andalucía, 1997, p. 73. Por su parte, Orozco y Berra quiso en su narración que ambos ejércitos pasaran la noche sin tiendas ni abrigo.

³¹ José María Luis Mora, *op. cit.*, p. 128.



7. Miguel Hidalgo y Costilla, capitán general de América, litografía anónima, en Anastasio Zerecero, *Memorias para la historia de las revoluciones en México*, México, Imprenta del Gobierno en Palacio, 1869, p. 33

Para no restarle importancia al triunfo, Lucas Alamán — aunque sí mencionó a las masas indisciplinadas — prefirió hacer hincapié en el valor y el brío de ambos contendientes. Esto mismo destacó Manuel Orozco y Berra si bien con otra perspectiva, ya que pensaba que en el fondo los realistas eran tan inexpertos como aquellos a los que combatían, sacándoles sólo ventaja en el armamento, en el momento de usarlo y “en una instrucción que pudiera llamarse de parada”. José María Liceaga agregó a la idea de la falta de conocimientos militares de los insurgentes el que no tuvieran jefes instruidos para dirigir con acierto las operaciones.³² Emilio del Castillo Negrete, quien compartía la idea de un ejército realista disciplinado, apuntó que los insurgentes eran ignorantes en el arte de la guerra, y por último, Heriberto Frías describió con desprecio a la mayoría de las tropas de Hidalgo llamándolos “inútiles, ineptos, desmoralizados e inermes”.

³² José María Liceaga, *op. cit.*, p. 183.



8. Ignacio Allende, óleo sobre tela de Núñez, en Elías Amador, "Los caudillos de la Independencia ante el patíbulo", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, México, Museo Nacional, 3a. época, t. 3, 1911

La misma tarde del 17 de enero de 1811 Calleja escribió al virrey Venegas notificándole rápida y brevemente que ya había tomado el campo enemigo y equiparó el valor de sus tropas durante la batalla con la "obstinación, atrevimiento y constancia de estos fascinados". Sin embargo, un día después, con más calma, redactó una carta reservada a Venegas donde expuso "con la ingenuidad inseparable de mi carácter", que sus tropas estaban formadas por gente inexperta que no estaba impregnada de los principios del honor y del entusiasmo militar. Creía que sostuvieron la acción, pero gracias a la "impericia, cobardía y desorden de los rebeldes", y confesó que vio a su gente titubear y a muchos fugarse de forma precipitada.

Dijo haberse dado cuenta de que se introdujo el desaliento y la falta de orden teniendo que presentarse ante ellos para regresarles la confianza. Por todo esto, le pedía que aprobara "algún premio o distinción", necesario ante las ideas sediciosas que trataban de convencer a sus soldados de que exponían sus vidas en "beneficio



9. Juan Aldama, litografía de Santiago Hernández, en Genaro García, *Documentos históricos mexicanos. Obra conmemorativa del Primer Centenario de la Independencia de México*, México, Museo Nacional de Arqueología Historia y Etnología, 1910, t. VI, p. 528 (según una litografía publicada en *Álbum de la patria*)



10. Mariano Abasolo, litografía anónima, en Elías Amador, “Los caudillos de la Independencia ante el patíbulo”, *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, México, Museo Nacional, 3a. época, t. 3, 1911

de un gobierno que no les dispensaba premio ni ventaja alguno”. En una proclama a su ejército dictada desde Guadalajara el 24 de enero, Calleja los exhortó a que unieran, al renombre de “Libertadores de la patria y restauradores del trono y de la paz que tan justamente habían adquirido”, una conducta sin vicios o acciones indecorosas que pudiera empañar su gloria.³³

Dado que el virrey no mostró ninguna urgencia para proceder –aunque estaba de acuerdo con galardonar a los que habían reprimido la rebelión– Calleja insistió sobre su asunto en otra carta muy reveladora, en la que le expuso que inclusive muchos europeos creían en las ventajas de un gobierno independiente y que si Hidalgo se hubiera apoyado en ellos en vez de hacer una “insurrección absurda”, hubiera tenido todo el apoyo. Además de criticar el comportamiento de la corte española tan pródiga en recompensar a gente que no lo merecía, insistió en la necesidad urgente de dotar de un escudo a quienes participaron en las acciones “que han libertado a la América”, para mantenerlos en aliento.³⁴ El escudo –en el que se veía a un león y a un perro (símbolos del valor y la fidelidad) sostener una tarjeta que decía “Fernando VII” – llegó finalmente al pecho izquierdo de los que combatieron y vencieron en Aculco, Guanajuato y Calderón.³⁵



Otro asunto que está fuertemente emparentado con el combate ocurrido ese 17 de enero es la participación tanto en él como en la primera etapa de la insurrección del viudo Ignacio Allende, quien fue nombrado comandante de todas las fuerzas y jefe de la acción que nos ocupa. Lucas Alamán lo describió como un hombre resuelto, precipitado, de valor, muy inclinado al juego y a las mujeres, de hermosa presencia, muy diestro a caballo y en todas las suertes de torear y otras del campo que, por cierto, le habían estropeado el brazo izquierdo.³⁶ Los desacuerdos entre él e Hidalgo pusieron

³³ “Proclama de Félix Calleja al ejército después de la acción de Calderón”, Guadalajara, 24 de enero de 1811, en *Colección de documentos para la historia de la guerra...*, op. cit., t. II, p. 347-348.

³⁴ “Cartas reservadas de Calleja y el virrey”, 23 a 29 de enero de 1811, en *Colección de documentos para la historia de la guerra...*, t. II, op. cit., p. 338-341.

³⁵ Lucas Alamán, op. cit., t. II, p. 129.

³⁶ *Ibid.*, p. 357.

sobre la mesa que el movimiento, y en especial sus batallas más importantes, careció de unidad de mando, en buena medida por la impericia militar de don Miguel. Además de la documentación de la época, son varios los autores que señalan que para la batalla de Calderón la propuesta de ataque de Allende — que era utilizar básicamente la parte disciplinada y profesional de su ejército — sucumbió ante la tesis de la superioridad numérica que apadrinaban Miguel Hidalgo y la mayor parte de los jefes de armas.

También trascendió que Ignacio Allende insistía en seguir de frente a donde se encontrara el enemigo, entretenerlo en el puente y batirlo con dos mil caballos por la retaguardia. A pesar de todo, hay testimonios de que ese día, don Ignacio corría de una a otra parte del campo tomando determinaciones y preparando a la infantería y a la caballería para dar un ataque definitivo, que fue resistido por la sección de Villamil. Anastasio Zerecero comparó a don Ignacio con “Napoleón en el puente de Arcole” cuando en un momento decisivo de la batalla tomó una bandera “con la que se adelantó y arrastró a los suyos con nuevos bríos sobre Calleja haciéndolo retroceder”.³⁷ Muy tarde le llegó el reconocimiento a su desempeño y capacidad, ya que, a pesar de decidirse después de Puente de Calderón que sobre él recaería el mando general del movimiento, su suerte quedó unida a la de Hidalgo compartiendo la mala fortuna de ser delatados y al poco tiempo fusilados como traidores.

El mismo destino tuvo otro personaje también viudo — Juan Aldama — del que escribiera Lucas Alamán que, entre todos los líderes del movimiento, era el “más maduro y prudente”, y que “una vez lanzado en la revolución, siguió a su pesar el impulso que a ésta se le dio”. Insistió este autor en el hecho de que los dos hermanos Aldama — Juan e Ignacio — siempre estuvieron de acuerdo con las ideas y acciones de Allende, “imputando la culpa de todo a Hidalgo”.³⁸ Asimismo, es un común denominador en las historias sobre Puente de Calderón que se basan en lo escrito por José María Luis Mora — me refiero a la de Mariano Otero, la de Manuel Orozco y Berra, la de Julio Zárate y la de Manuel Pérez Verdía — señalar el brío con el que combatió Juan Aldama. Curiosamente, una vez que éste fue hecho prisionero, le pidieron que describiera las acciones

³⁷ Anastasio Zerecero, *op. cit.*, p. 244.

³⁸ Lucas Alamán, *op. cit.*, t. I, p. 356 y 493.

de armas en las que había participado y respondió que “se halló en la toma de Guanajuato por el señor Calleja, en la batalla de Aculco y en la de las Cruces, pero sin mando alguno, como uno de tantos”. También afirmó más adelante que nunca estuvo en la ciudad de Guadalajara,³⁹ y aunque no lo negó expresamente, no mencionó haber combatido en Calderón.

La única vez que se nombra esa acción en las declaraciones de los apresados en las Norias de Baján — Miguel Hidalgo, Ignacio Allende y Juan Aldama, entre otros — es en la de Allende, quien refiriéndose al licenciado Ignacio Aldama, dijo que, cuando lo vio aburrido de la insurrección, lo persuadió a que no se arriesgara a estar en esa batalla, “en la que veía mucha gente y cañones pero que podía perderse por las disparatadas disposiciones de Hidalgo”, por lo que le firmó un papel para que pasara a los Estados Unidos, “que solicitaba por retirarse con algún honor y no lo atribuyesen a cobardía por estar próxima a darse la batalla de Puente de Calderón”.⁴⁰ Es posible que su hermano Juan compartiera ese sentir con respecto al desarrollo de la guerra. ¿Se mantuvo realmente al margen o tomó parte importante en ese encuentro y en este caso, decidió no mencionarlo en su juicio por lo comprometido que resultaba haber sido nombrado poco antes teniente general de la insurgencia? Aunque él trató de demeritar este asunto al afirmar que Hidalgo le otorgó el cargo “con repugnancia”, además de “que no se lo dio a conocer a la tropa como se hizo con todos los demás”,⁴¹ sí hay testimonios de que ese día estuvo en Calderón.

La información que maneja Mora en el sentido de que “la batería de la izquierda de río adentro [estaba] a las órdenes de don Juan Aldama”,⁴² y que tanto éste como Allende y Abasolo “se mantuvieron sobre el campo y pretendieron prolongar la resistencia sobre la última batería de la derecha, que aunque fue atacada permitió que las masas se pusieran a salvo”, no está mencionada en el relato del insurgente Pedro García, quien, como veremos más abajo, participó

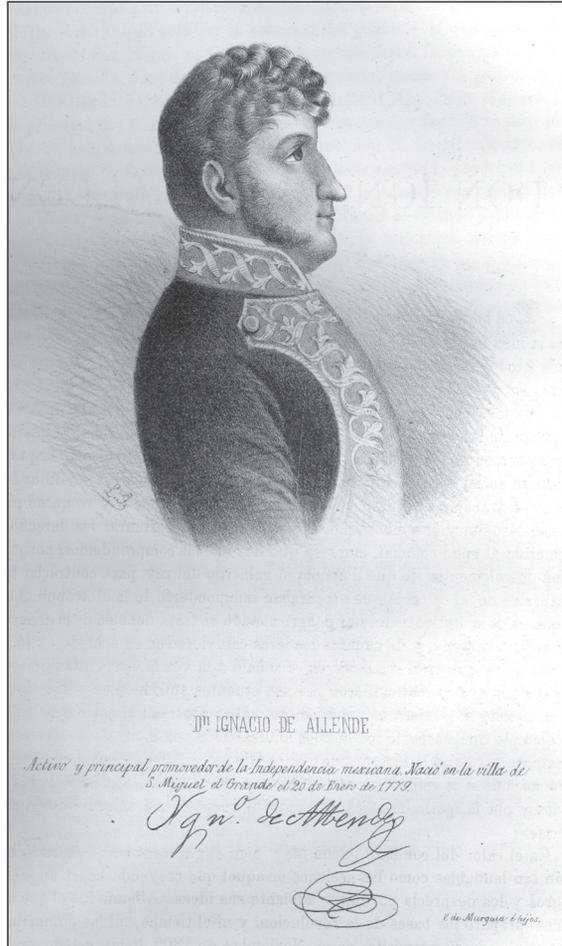
³⁹ “Copia de la declaración rendida por D. Juan de Aldama en la causa que se le instruyó por haber sido caudillo insurgente. 20-21 de mayo de 1811”, en Genaro García, *Documentos históricos mexicanos. Obra conmemorativa del Primer Centenario de la Independencia de México*, México, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1910, t. VI, p. 534-535.

⁴⁰ “Causa instruida contra el Generalísimo D. Ignacio Allende. 10 de mayo a 29 de junio de 1811”, en Genaro García, *Documentos históricos mexicanos...*, *op. cit.*, p. 27 y 63.

⁴¹ “Copia de la declaración rendida por Juan Aldama...”, *op. cit.*, p. 533.

⁴² José María Luis Mora, *op. cit.*, p. 131 y 135.

en la famosa contienda. Sin embargo, éste no desmiente la presencia de Juan Aldama tanto en la reunión de jefes militares el día 15 de enero en el puente grande como en el recorrido del campo propio y la observación desde una pequeña altura — junto con 23 de los dirigentes — del campo enemigo y de la desbandada hacia Guadalajara después de la ominosa derrota.



11. Ignacio Allende, dibujó L. G., litografía de la viuda de Murguía e hijos, en Manuel Rivera Cambas, *Los gobernantes de México. Galería de biografías y retratos de los virreyes, emperadores, presidentes y otros gobernantes que ha tenido México desde don Hernando Cortés hasta el C. Benito Juárez*, México, Imprenta de J. M. Aguilar, 1872, t. II, p. 29

García contó asimismo que, cuando días después marchaban para Saltillo, sucedió un acontecimiento inesperado que causó temores serios en alguna parte de aquella división. Se trató de un cometa que apareció por el norte, al que atribuyeron “presagios tremendos indicados por el color de su cabellera”, miedo que según él, manifestaron sobre todo las mujeres que viajaban con ellos que, aunque eran bien educadas, creían que esos fenómenos tenían influjo en la suerte o trastorno de las naciones. Para ellas, y para todos los que sentían terror y desaliento, fueron muy beneficiosas la simpatía, la amabilidad, el sentido del humor y la alegría de Juan Aldama, “que llevaba amistad con todos”.⁴³ Además, está documentado que fue hecho prisionero el mismo día que Hidalgo y Allende en marzo de 1811, y finalmente, su cabeza, junto a la de los dos últimos más la de Mariano Jiménez, adornó la Alhóndiga de Guanajuato, por su importante liderazgo en esa agitada y controvertida etapa de la revolución.



12. Juan Aldama, litografía anónima, en Gustavo Casasola, *Anales gráficos de la historia militar de México, 1810-1970*, México, Editorial Gustavo Casasola, 1973

⁴³ Pedro García, *Con el cura Hidalgo en la guerra de Independencia*, México, Sep-Setentas, 1982, p. 130.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS